

DANIEL AZCONA

Prefiero que me
trates de tú

y otros cuentos

ÍNDICE

Un atleta de clase familiar,	7
El mundo rendido a sus pies,	13
No hay mal que por bien no venga,	25
Prefiero que me trates de tú,	51
Hasta que la muerte nos separe,	61
Con renovadas energías,	81

**UN ATLETA DE
CLASE FAMILIAR**

LO RECUERDO COMO SI FUERA ayer. Fuimos andando desde el colegio hasta la iglesia de Santa Gema. Cronómetro en mano, el profesor de gimnasia nos hizo dar, uno por uno, la vuelta corriendo a la plaza que hay frente a la iglesia. La mayoría de mis compañeros de clase se lo tomaron a broma y ralentizaban el ritmo cuando el profesor dejaba de observarles en su recorrido por el perímetro designado. Por el contrario, yo no podía contener mi excitación. Cuando me tocó a mí, esperé a que sonase su silbato para salir lo más rápido posible y no parar hasta completar el recorrido. Al cruzar una imaginaria meta, el profesor anotó mi tiempo sin decir nada, pero en el camino de vuelta al colegio me invitó a participar en una prueba de campo a través, de tres kilómetros de distancia, que tendría lugar ese fin de semana en los terrenos del colegio Estudio. Sin pensarlo acepté, y ese domingo me pasó a recoger al portal de casa a las 8:00 con su pequeño Seat 600 naranja, lleno a rebosar porque, además de llevarme a mí, llevaba a la competición a otros cinco atletas que él ya entrenaba. Ayuso, Muruzábal, Reina y los hermanos Escudero me hicieron un sitio en el asiento trasero. A la llegada al colegio en Aravaca, los siete salimos del coche y nos pusimos a calentar. Yo tenía once años y esa mañana, sin entrenamiento previo, quedé tercero en mi categoría, la de alevines. Me encantó la competición y desde ese día formé parte del equipo de atletismo San Fernando, que entrenaba Dionisio, mi profesor de gimnasia y ahora nuevo entrenador. Hacía dos

sesiones por semana con el equipo, después del colegio. La temporada regular de campo a través se extendía hasta mediados del mes de enero y todos los domingos había carreras. De las siete carreras que corrí, gané cinco y quedé segundo en dos. La siguiente prueba tendría lugar el primer domingo de febrero: se trataba del campeonato de campo a través de la Comunidad de Madrid, la prueba más importante del calendario. La cita era en la Casa de Campo.

El día de esta competición me acompañó en el metro mi padre. Nos bajamos en la parada de Laguna y recorrimos los seiscientos metros que nos separaban del circuito. El termómetro rondaba los 3 °C. La carrera de los alevines masculinos era la segunda de la mañana, tras su equivalente femenino. Faltaban cincuenta minutos cuando me fui a trotar para iniciar el calentamiento. En total dos kilómetros de carrera, ejercicios de gimnasia, progresivos y una conversación con mi entrenador me pusieron a diez minutos antes de la hora prevista para el comienzo de la carrera, momento en que me quité el chándal y me calcé las zapatillas de clavos. Con la ayuda de dos imperdibles coloqué mi número de dorsal en la parte delantera de la camiseta. El juez de salida nos hizo alinearnos sobre una tenue línea blanca dibujada en el suelo. Éramos un centenar de participantes. Junto a mí se puso Luna, mi rival más duro, el que me había batido dos veces esa temporada. Alcé la mirada y vi a mi padre junto a un árbol leyendo el periódico, como si la carrera que estaba a punto de comenzar no le pudiera interesar menos. No parecía tener frío bajo su abrigo, su gorra, sus gafas y sus pantalones de pana. Quizás sus mocasines negros no le protegían tan bien los pies, porque los sacudía regularmente contra el suelo.

El juez elevó su mano y apretó el gatillo. Con el disparo, cien liebres iniciaron la carrera. Yo, como me lo había pedido mi entrenador, me coloqué entre los primeros. Éramos un grupo de diez atletas. Vi a mi padre al lado del trazado, nos estaba aplaudiendo. El aire frío quemaba mis pulmones, mis muslos ardían. El ritmo se mantuvo y el grupo de cabeza se separó del resto de los parti-

EL MUNDO RENDIDO
A SUS PIES

Había conocido a Morelia en la Ciudad de México unos días antes. Nos habíamos visto un par de veces cerca del Zócalo y nos habíamos besado en una ocasión, pero a decir verdad éramos, el uno para el otro, perfectos desconocidos. Morelia me invitó a acompañarla en un viaje que tenía programado a Mahahual, un pueblo pesquero de mil habitantes en la Costa Maya. No pude negarme. Llegamos de noche con una niebla cerrada que no dejaba ver bien la carretera. Tras presentar nuestras identificaciones y hacer el registro en el motel, nos acostamos, cansados por las cuatro horas de autobús que habíamos hecho desde el aeropuerto de Cancún.

Cuando me desperté, Morelia ya no estaba en la habitación. Me cepillé los dientes, me puse mis Nike y recorrí los cincuenta metros que me separaban de la playa. La mañana era fresca y húmeda. Eché a correr contra una brisa que venía del sur mientras bajaba la marea y salía el sol. Me crucé con varios corredores, que ayudados por el viento a favor parecían ir en volandas. Unos pescadores descargaban, frente a una cabaña, su captura del día. Les pregunté si organizaban salidas para turistas. A medida que me fui acercando al puerto vi que en un extremo se encontraba la figura que buscaba. Me senté junto a Morelia a contemplar el mar.

—Esta mañana es la primera vez que mis pies han tocado el mar Caribe. Ha sido muy emocionante. El agua es tan suave, on-